



Daimieleños ilustres

DON TIBURCIO

por Francisco Pérez Fernández

Así, simplemente, escuetamente: Don Tiburcio.

Porque ha transcurrido ya una docena de años desde su muerte, y su nombre está ahí perenne, permanente, indeleble, inolvidable. ¡Don Tiburcio!

Muchos jóvenes de ahora no pueden lógicamente recordarle, aunque algunos quizá recibieran de él las aguas del Bautismo. Pero los mayores, sí: ¿Quién no debió a don Tiburcio una orientación oportuna o un asesoramiento sabio en algún apuro de su vida? ¿Qué daimieleño no recibió de él un Sacramento, un elogio, una sonrisa o un saludo siquiera?

¿Quién no salió contento con su absolución, entusiasmado con su consejo, enfervorizado con su palabra o fortalecido con su ejemplo?

Don Tiburcio fue una verdadera institución en su Daimiel natal: no en vano el Señor le concedió una fructífera longevidad de ochenta y tres años, dedicados casi en su totalidad al sacerdocio. Allí, en el vetusto caserón de la calle de Almagro, modesta propiedad de una familia labradora, había nacido el 11 de agosto de 1875. En el viejo periódico —«El Eco de Daimiel»— que se publicaba allá por el ochenta y tantos, leemos las «brillantes calificaciones que el joven Tibur-